

al paso que un angel abotagado destroza los libros de Lutero y Calvino. Del mismo Le Gros son el Noviciado de los Jesuitas, y el San Estanislao, con las carnes de mármol blanco y los trajes de mármol negro, descansando en un lecho de misquío siciliano: es una variedad que no carece de ejemplo entre los antiguos. Pedro Monnot trabajó también mucho en la capilla de San Ignacio; pero aun mas en el baño del landgrave de Hesse-Cassel, en el que empleó diez y seis años. Luis Le Vaud construyó varios palacios, la iglesia de San Sulpicio, y el colegio de las Cuatro Naciones, abusando de las curvas y de los adornos.

Puget.
1622-94.
Pedro Puget, natural de Marsella, fué llamado el Miguel Ángel de Francia, porque estaba versado en las tres artes. Estudió en Italia el método de Pedro de Cortona, y hasta cuando esculpía conservaba algo de pintor. Los contemporáneos elogian la rapidez con que trabajaba, sin tener modelo á la vista, y con el único auxilio de su imaginación; pero en concepto de la posteridad esa circunstancia no puede atribuirse mas que á incuria y presunción. Sus mejores obras son, en Génova, la Asunción, que existe en el Hospital de los Pobres, el San Sebastián y el beato Alejandro Sauli, que están bajo la cúpula de la Virgen de Carignano. Formó proyectos para edificios en Marsella y en Tolon; pero se ocupó mas en dibujar naves, y en aplicar máquinas á los trabajos de los arsenales.

1630-1713.
Girardon de Tróyes tuvo que renunciar á los buenos principios para adquirir el favor de Lebrun, y una vez alcanzado este, no necesitó hacer nada bien. Louvois prefería á Mansart; pero Boileau, Racine y La Fontaine se decidieron por Girardon, y el último le apellidó el Fídias de su siglo. Se cree su mejor obra el monumento de Richelieu, reunión confusa de figuras: su estatua escuete del gran rey, cuyo metal no pesa menos de setenta mil libras, es una de las fundiciones hechas con mas limpieza, y la primera en que el caballo y el jinete están contruidos de un solo pedazo; pero ¡qué lástima da ver el traje del rey! Inferior en mérito es la de Luis XV, obra de Bouchardon, en la que el héroe aparece colocado mal. El caballo de Pedro el Grande, que existe en Petersburgo y se debe á Falconet, aunque se acerca á lo natural, manifiesta cuánta distancia hay de censurar á ejecutar.

1613-88. Perrault.
Colbert encargó al Parisiense Claudio Perrault, talento universal, la traducción de Vitruvio; empresa difícil, sobre todo para él, que no había visto en Italia los edificios antiguos. Sin embargo, aquel proyecto le llevó á meditar sobre la arquitectura, y á cobrarle afición, considerándola como el arte mas propio para perpetuar su nombre. Perrault trazó un plano relativo á la conclusión del palacio del Louvre, no cuidándose de la propiedad ni de las comodidades, sino atendiendo solo á la magnificencia, que ciertamente no cabía expresar mejor que con aquella selva de columnas en dos órdenes sobrepuestos,

teniendo en medio nichos, convertidos despues en ventanas. Hizo también muchos adornos en Versalles, y en los jardines; por último construyó el Observatorio, sin emplear hierro ni madera.

Jacobo Le Mercier, que parece haber residido largo tiempo en Italia, desempeñó en Paris multitud de encargos que le hizo Richelieu; trabajó en el palacio de este, en el de la Sorbona, cuya iglesia se separa menos de las reglas del buen gusto que ninguna otra de Paris, y en el gran pabellon del patio del Louvre.

Francisco Blondel de Ribemont siguió la carrera diplomática, y fué despues maestro de matemáticas del delfín, hasta que el rey le encargó la construcción de un puente frente á Saintes, que el Charente arrastraba siempre consigo. Ejecutó la obra como grande arquitecto, y habiendo sido nombrado profesor de esta ciencia, dictó lecciones y escribió un *Curso de Arquitectura*, el arte de arrojar las bombas y el nuevo método de fortificar las plazas. Construyó el arco de San Dionisio en Paris, que tiene de entrada veinticuatro piés y cuarenta y seis de elevación, es decir, mas que todos los conocidos: hacen veces de piés derechos dos pirámides de bajo relieve; los adornos son en gran número y muchos con gusto; hallándose el total encajado en una masa cuadrada de setenta y dos piés de altura, setenta y tres de ancho, y diez apenas de espesor.

Fué un capricho del gran rey el querer sustituir al inmejorable San German el triste Versalles « lugar el mas ingrato, sin vista, bosques, aguas, ni tierras, y abundando solo en arena movediza ó pantanos; hasta falta allí aire. Quiso tiranizar á la naturaleza, y someterla á fuerza de arte y dinero; edificó una cosa tras otra, sin trazar un plano general; por cuya razón se encuentra allí confundido lo bello y lo feo, y al lado de lo vasto aparece lo reducido. Habitaciones incómodas, jardines que aturden con su magnificencia, pero desagradan en cuanto se recorren... Causa disgusto la violencia hecha en todas partes á la naturaleza; las aguas recogidas por fuerza, saltan y esparcen una humedad y un olor malos. Se admira, pues, y se tiembla... No obstante, aquella obra maestra tan ruinosa y de tan mal gusto, donde la completa transformación de lagos y de bosques absorbieron tanto oro, no pudo terminarse (1). » Lo exterior es de una medianía sin carácter, aunque las grandiosas distribuciones de lo interior merecen elogios, sobre todo la galería en que Lebrun representó las bahañas del gran rey, y que se reputa la mas hermosa del mundo. Además están bien los invernáculos para los naranjos, y la iglesia de dos pisos, con objeto de que sirva al mismo tiempo para el pueblo y la corte. Sin embargo, el conjunto ha sido llamado *un favorito sin méritos*.

Á tales exigencias y al gusto dominante tuvo

(1) SAINT-SIMON.

1530-1667.

Biondel.
1617-88.

Palacio de Versalles.

1645-1708.
que resignarse Julio Hardouin, hijo de una hermana de Francisco Mansart, excelente arquitecto oriundo de Italia, de cuya circunstancia tomó su nombre. Ejecutó el hermoso palacio de Cluny, y los de Trianon y Marly, con los jardines anexos. En 1685 empezó y acabó la casa de Saint-Cyr, cuerpo de edificio que cuenta ciento y ocho toesas, y donde trabajaron hasta dos mil quinientos operarios. En la cúpula de los Inválidos rivalizó con Miguel Ángel sin copiarlo; y si bien no se conservó clásico en los pormenores, á lo menos evitó con discreción los delirios propios de la época. Hay mucho que decir sobre la plaza Vendôme, de forma octógona; pero ninguna de las construidas despues la iguala en grandiosidad.

Andrés Le Nôtre, de Paris, no tuvo rival en el arte de trazar jardines; pues los Italianos no habían sabido aprovechar lo favorable de los sitios. Pórticos, laberintos, grutas, parterres, disposición artificiosa de árboles, todo esto introdujo en varias quintas, en los jardines de las Tullerías, en los terraplenes de San German en Laye, en los bosquecillos de Trianon, en los setos de Marly, en los senderos de Meudon; y enriqueció á Versalles con mil invenciones, donde fué tanto lo que se gastó, que Luis XIV arrojó al fuego las cuentas para que no quedase de ello memoria. La regularidad con que disponía las yerbas, las plantas, las aguas, perjudica al encanto y á la hermosa irregularidad de la naturaleza campestre, en la cual, mas que en ninguna otra cosa, conviene « no se descubra el arte, que lo hace todo. »

Antonio Le Pautre, además de varios trabajos, dejó una obra de arquitectura, enriquecida con disertaciones por Agustín de Aviler. Este último, cuando iba á estudiar á Roma, fué hecho prisionero por los Berberiscos y conducido á Argel, donde dibujó planos. Habiendo sido despues rescatado, trabajó en muchos puntos de Francia, y publicó un *Curso de arquitectura*. Había tenido por compañero de esclavitud á Des Godetz, que escribió mas adelante su obra *De los antiguos edificios de Roma*, digna de estimación por la exactitud de las medidas y la verdad del razonamiento. Roberto de Cotta construyó el magnífico peristilo de Trianon, varios pórticos y hasta palacios para los príncipes de Alemania, con un gusto bastante correcto. Á él se debe la costumbre de adornar las chimeneas con espejos.

Esmaltes.
1607-91.
Juan Toutin, platero de Chateaudun, hizo progresar el arte de los esmaltes, inventando una serie de colores, que se aplicaban sobre un fondo de un solo color, y se fundían al fuego, conservando una brillantez perfecta. Otros artistas siguieron sus huellas; pero á todos los aventajó Juan Petitot, de Ginebra, que vivió largo tiempo en Italia é Inglaterra con Jacobo Bordier, frecuentando los laboratorios de los químicos mas distinguidos, y perfeccionó los retratos, gracias á los consejos de Van Dyck. Su obra maestra es el retrato de la condesa de Southampton, que ejecutó en Inglaterra en 1642

sobre un esmalte de nueve pulgadas y nueve líneas de largo, y cinco pulgadas y nueve líneas de ancho; luego retrató á Luis XIV y á los principales personajes de aquella corte, y copió algunos cuadros clásicos, que de esta manera se han perpetuado.

Muchos autores han escrito la historia de las artes: Juan Pablo Baglioni continuó bastante mal á Vasari; mostró mas acierto Felipe Baldinucci, supliendo las muchas omisiones del Florentino. Dividió la historia en siglos y estos en décadas; fraccionamiento vicioso, como el ejecutado en escuelas, que es el que se adopta generalmente: su *Vocabulario del dibujo* es útil bajo el aspecto de la lengua; pero se conoce siempre que no era artista. Cristina de Suecia le encargó escribir la vida de Bernini. Juan Pedro Bellori manifiesta mas gusto, y prefiere á los antiguos. Existen historiadores parciales de las diferentes escuelas: Carlos Ridolfi lo fué de la veneciana, Vedrini de la de Módena, Soprani de la de Génova, Bongiovanni de la de Nápoles, Passeri de las obras hechas en Roma; todos ensalzan á los malos maestros. César Malvasia, en la *Felsina pittrice*, impugna terriblemente á Vasari; pero habiéndose propasado á llamar á Rafael el *boccalajo* (*) de Urbino, por mas que lo sintió y borró despues aquellas palabras en todos los ejemplares, se levantó un clamor general contra él. Se separa de estos Pedro Sante Bartoli, grabador romano, lleno de gusto y de gracia, que dibujó los monumentos antiguos explicados por Bellori, conservando muchos de ellos que de otra suerte se habrían perdido, si bien dándoles demasiada uniformidad.

CAPITULO XXXIX

Filosofía.

Si la literatura de cada pueblo se hace cada vez por decirlo así mas nacional, las ciencias por el contrario, teniendo por objeto el hombre y la naturaleza, son ciudadanas de todos los países y no es posible seguir sus pasos, sino en el conjunto de todas las naciones.

Las universidades auxiliaban muy poco los progresos de la filosofía y de las bellas artes; y mucho menos de la teología, del derecho y de la medicina, no siendo ya como en la edad media los únicos centros del saber, sino solamente escalas necesarias para las profesiones lucrativas.

Las de Inglaterra á lo menos con sus ricas dotaciones proporcionaban una posición honrosa á muchos, que podían dedicarse libremente á la ciencia, teniendo libros é instrumentos.

La muerte de la filosofía escolástica, es decir,

(*) *Pittor da boccali* se dice en Italia á un mal pintor; porque los *boccali* (medidas de barro para el vino en las tabernas) están comunmente muy mal pintados por los alfareros.
(N. del T.)

de la filosofía cristiana, había dejado en los ánimos un gran vacío que se ingeniaban en llenar los pensadores con combinaciones artificiosas de sistemas antiguos y de ideas propias. Y este proyecto parecía tanto más posible, cuanto que la reflexión y la investigación procedían con más seguridad desde que el protestantismo había separado la filosofía de la teología, y ensanchado el campo de las ciencias naturales; de modo que se estudiaba el sistema de los conocimientos en su conjunto y en sus partes, examinándole no solo en su objeto, sino en su naturaleza y en su origen. Cuando de este modo se había formado un sistema, la razón entonaba un himno de triunfo, como si hubiese llegado á demostrar que se bastaba á sí misma; pero muy pronto desengañada debía sentir, si no confesar, su impotencia. Así es que aunque algunos pensadores del siglo XVI habían principiado la restauración radical de la filosofía, ninguno había dado un sistema que contuviese la verdad necesaria para aniquilar el escolasticismo y dominar las inteligencias.

Gassendi. di. 1592-1655. Pedro Gassendi, de Chantersier en la Provenza, hombre de muchísima doctrina, combatió á Aristóteles, y acusó á sus partidarios de haber convertido la filosofía en un arte sofístico; se colocó en el terreno del libre exámen, y haciendo recaer la duda sobre el objeto mismo de la ciencia, impugnó la autoridad de la física, de la metafísica y de la moral y consideró como inútil la dialéctica científica, creyendo que bastaba la inteligencia natural para conocer el fin de la vida. Su obra póstuma *Syntagma philosophicum* (1658) contiene en mil seiscientas páginas de compacta impresión la prolija exposición de su doctrina acerca de la lógica, la física y la moral. La filosofía, según él, es afición, estudio y práctica de la sabiduría, y esta no es más que la disposición moral para juzgar sanamente de las cosas, y conducirse bien en la vida. Después de demostrar la vanidad de esta ciencia, precedido de su historia, lo cual era una novedad, y enseña que para pensar bien es preciso concebir bien, juzgar bien, concluir y coordinar bien. Toda idea, según él, proviene de los sentidos, de modo que la inteligencia consiste en la percepción de los hechos que nos presenta la experiencia, y en la comparación de estos para elevarnos desde las nociones particulares á la generalización. También se trata extensamente de la física, criticando la aristotélica, y sustituyéndola con la teoría de Demócrito sobre los átomos; y así como en la lógica hacía proceder toda idea de los sentidos, aquí dice que toda fuerza proviene de la materia. Dios creó los átomos; pero su concurso basta para explicar los fenómenos, de modo que todos estos y hasta los fisiológicos pueden someterse á leyes matemáticas. Sostiene que no puede concebirse á Dios sino bajo la forma sensible, y que el alma es una atenuación, casi una abstracción de la materia; por consiguiente excluye la metafísica. En la moral se inclina á

la de Epicuro; é hizo gran ruido la defensa que publicó de este filósofo, reuniendo todos sus pasajes y tratando de demostrar que su doctrina había sido corrompida, y que podía ponerse de acuerdo con las ideas cristianas.

Pero al entusiasmo de filósofo unia Gassendi la ortodoxia del sacerdote, y así ya sea que se sacrificase á las ideas del siglo, ó ya que careciese de lógica, el hecho es que siempre mezclaba á su sensualismo ideas espirituales: cree necesaria la inteligencia para descubrir las cosas ocultas; por ejemplo, no vemos los poros de la piel, y sin embargo, sabemos que existen porque nos lo demuestra la transpiración; por tanto Gassendi, ó incurre en perpétuas contradicciones ó entiende en un sentido muy poco lato su axioma fundamental, aplicándole solo quizá á imágenes finitas que realmente provienen de los sentidos, y cuya presencia es necesaria para que el espíritu ejerza algunas de sus facultades, y se eleve con el raciocinio á las cosas que no pertenecen á la imaginación. Así admite un Dios y un alma, según la razón, y una moral cristiana; pero todas estas cosas están como agregadas á su sistema, y sujetas á la teoría general de los sentidos. De esta mezcla de fe y de libertad nace un semiescepticismo particular. Creía cierto lo que le parecía evidente, y así partió de hipótesis que repugnan á la experiencia, y que sostiene con tenacidad contra sus adversarios; é hizo un uso especial de la sátira y de la ironía para combatir el dogmatismo y el entusiasmo.

Fué hombre de mucha ciencia y amigo de Peyresc, de Hóbbes, de Campanella, de Kepler, de Mersenne y de Pascal; disputó con el célebre médico Van-Helmont si era más natural al hombre alimentarse de carne ó de vegetales; y con motivo de los cuatro soles que aparecieron en Roma el año 1629, refutó las supersticiones de la astrología, que sin embargo le habían seducido en su juventud. Demostró que la causa de aquel fenómeno era la refracción de los rayos solares al través de los vapores: observó el tránsito de Mercurio por el disco del sol en 1631, anunciado ya por Kepler, y la conjunción del mismo planeta con Venus; defendió el sistema de Copérnico, aplicándole la teoría de la caída de los graves; en fin, tuvo Gassendi gran ingenio natural, mucho estudio, y clara y ordenada exposición. Al tiempo de morir exclamó: ¡*Hé aquí lo que es la vida del hombre!*

Descartes. 1596-1650. Renato Descartes, de Lahaye en Turena, fundó su sistema, no sobre lo antiguo, sino siguiendo un método enteramente nuevo. Educado por los Jesuitas y abandonado después á estudios sin orden, sin crítica y sin objeto, no podía conseguir la tranquilidad del que posee la verdad. Descartes militó y viajó después; pero el reposo le conducía á la duda, hasta que por fin se propuso indagar la verdad por sí mismo, excluyendo todo juicio cuya exactitud no hubiese conocido él mismo. El método de la geometría que no

admite más que verdades demostradas, y que procede de lo simple á lo compuesto, le pareció el mejor, el método por excelencia; y observando que todas las partes de las matemáticas, aunque diversas por su objeto, provienen de las relaciones que existen entre las cantidades, llegó casi por casualidad, como dice él mismo, al importantísimo descubrimiento de expresar algebraicamente las curvas geométricas.

Pero ya hemos hablado en otra parte de este y otros descubrimientos suyos: ahora vamos á considerarle como metafísico. La ciencia humana debería ser en su concepto el esfuerzo que hace la razón para deducir de las primeras causas reglas de conducta para los hombres y para las artes prácticas; pero en vez de esto solo ofrece principios fundados en una ciega tradición, y consecuencias falaces ó inútiles. La sociedad es obstinada en sus preocupaciones; las opiniones luchan entre sí en la filosofía, edificio á cuya construcción han concurrido muchos arquitectos sucesivos, y cuyas partes son heterogéneas. Conviene, pues, derribar y renovar desde los cimientos este edificio de los conocimientos humanos, y para conseguirlo, no admitir más ideas que las propias y aun dudar de estas mismas y someterlas á exámen.

Montaigne en el cap. 30 de sus *Ensayos*, en que habla de la instrucción de los niños y crea el *Emilio*, había dicho ya que « se debe pasar todo por el filtro, y no recibir nada en nuestra inteligencia, ni por autoridad, ni por creencia; » y Bacon « solo queda una tabla de salvación; reconstruir enteramente la inteligencia humana, abolir sin vacilación alguna las teorías y las nociones recibidas para aplicar el espíritu virgen y semejante á una tabla rasa, al estudio de todo en sus principios. » Descartes recogió estas palabras, y en las cien páginas de su *Método* (1637), renovó las escuelas filosóficas. No es verdadero, dice, sino aquello que tiene evidencia íntima en la conciencia, ó aquello cuya evidencia comprende el espíritu necesaria é indudablemente. De lo simple, que se concibe inmediatamente, se debe pasar á lo compuesto, oscuro y difícil: se deben reunir y distinguir los medios que conducen á la verdad, equilibrándoles con las dificultades que haya que vencer: no se debe admitir una sentencia sin razón suficiente, ni tampoco reputar una cosa por verdadera solo porque otro la crea.

Si hubiese entendido y aplicado exactamente estos principios, no hubiera incurrido en el error de confundir el pensamiento con la idea, y de querer llegar á la ciencia por medio de la duda, que era para él como una condición preliminar de toda filosofía. Pero su misma duda le daba á conocer su actividad, y que percibía imágenes. *Si dudo, pienso; si pienso, existo*: esto le pareció el hecho más general de la ciencia humana, y le tomó por fundamento de su sistema (1).

(1) Este argumento, dice Rosmini, se encuentra ya en Bernardino Oechino, *Catecismo*. Basilea, 1561.

Convenido ya de su existencia propia, ¿podía estarlo también de las cosas que veía fuera de sí mismo? ¿Hay alguna idea que pueda ser concebida por el espíritu sin que exista en un objeto? Sí, la del ser perfecto; porque no sería perfecto si no tuviese existencia. Ya está, pues, demostrada la existencia de sí mismo, y la de un ser fuera de sí, aplicando la regla de que el objeto mismo debe confirmar lo que se encierra en la idea de ese objeto.

En la aplicación, sin embargo, se puede incurrir en error; y ¿cuál es la causa de este? ¿La inteligencia ó la voluntad? No la primera, porque engendra las ideas; y no puede ninguna ser falsa, porque entonces no contendría lo que contiene la idea. Queda la voluntad, la cual afirma una cosa que no está contenida en la idea. Bastará, pues, en los juicios tener voluntad dentro de los límites de la inteligencia.

De esta manera, por medio de la duda metódica, halla Descartes los fundamentos de la certidumbre humana, y habiendo principiado por dudar de todo, concluye por creer que lo ha demostrado todo, y ensalza el sistema de los conocimientos humanos. El hombre no halla en su conciencia más que ideas de pensamiento y de extensión, y como estas ideas son esencialmente diferentes, por necesidad han de ser también diferentes las sustancias que tienen por atributo fundamental el pensamiento, de las que tienen la extensión. De aquí se sigue la existencia de dos clases de seres, espirituales y corpóreos; y la filosofía queda dividida en dos partes: la primera trata de Dios y del hombre como ser que piensa; la inteligencia de este es finita, y sin embargo, contiene la idea del infinito; luego esta idea no puede menos de ser innata. En cuanto á la existencia de los cuerpos, no se demuestra por la existencia del espacio, sino por nuestra inclinación á creer en las sensaciones; pues el autor de la naturaleza nos hubiera engañado dándonos esta inclinación si fuese una mentira. La certidumbre, pues, de la existencia del *no yo* se funda únicamente en la veracidad de Dios.

Así Descartes coloca desde luego el criterio de la certidumbre en la *percepción clara*, es decir, en el conocimiento natural y directo: supone después que este puede ser erróneo, y acude á la existencia de Dios, naciendo ver que, viniendo de él, no puede ser falso. Círculo vicioso é inevitable porque no admitía más que percepciones subjetivas. Este método parecía una gran novedad, porque partía de la igno-

Ministro. Aunque nuestra existencia esté muy distante de la existencia de Dios, no puede decirse que el hombre no exista, antes bien es una cosa tan clara que no puede demostrarse otra más universalmente sabida; y el que no lo crea demuestra que está enteramente privado de razón. Sin embargo, te ruego, querido iluminado, que digas si crees ó no que existes.

Iluminado. Me parece que existo; pero por esto no estoy cierto de que yo exista, porque quizá me engaña al suponer que existo.

Min. Es imposible que lo que no existe crea que existe; tú crees que existes, luego existes.

Ilum. Verdad es.

rancia completa; fijaba algunas reglas segun las cuales debía razonarse; porque dudaba sistemáticamente, no como los Pirrónicos, sino para sustituir ideas ciertas á las ideas vagas, y reducir la filosofía á una ciencia evidente.

Así como en el espíritu se distinguen el pensamiento, que es su esencia, y la voluntad que es casi el pensamiento en acción, así también en los cuerpos hay que distinguir la extensión, que es su esencia, y el movimiento que en ella se produce. Por tanto, la filosofía es la teoría de las propiedades inmutables del espacio ó de las propiedades variables que dependen del movimiento; los fenómenos materiales serán, pues, explicados por la mecánica.

En los fenómenos del mundo inorgánico, supuesto el primer impulso dado por Dios á la materia, no hay que buscar las causas finales, superiores á nuestra limitada inteligencia, que distraen la atención del pensador dirigiéndola hácia las causas ocultas. La idea de espacio es una modificación de la extensión; y como esta es la esencia de los cuerpos, no puede haber espacio donde no hay cuerpo: el vacío es, pues, imposible. Si todo cuerpo es extenso, no habrá cuerpos invisibles; y la divisibilidad y la extensión no tendrán límite, porque si le tuvieran, mas allá del mundo estaría el vacío. Pero todo el espacio está lleno de torbellinos, entre los cuales se mueven las partículas ó átomos de la materia, de cuya trituración nacen otros átomos impalpables que, agregándose, forman los cuerpos sólidos.

Aplicando la filosofía mecánica á los seres orgánicos, dice que los animales no son mas que autómatas insensibles, como un reloj; y en verdad, ¿cómo la naturaleza, que no hace nada inútil, ha de haber creado almas para producir efectos que pueden producirse sin ellas? Todos los fenómenos, pues, de la vida orgánica en los brutos, en los vegetales y en los hombres están sujetos y pertenecen á las leyes generales de la mecánica (1).

Así, los dos elementos principales, el pensamiento y la extensión, engendraban dos series de hechos perpetuamente distintos, y no quedaba medio de explicar la influencia del alma sobre el cuerpo. De este modo Descartes separaba completamente las ciencias espirituales de las físicas, pero con la teoría de las ideas innatas se oponía al sensualismo de las ideas de Bacon, y dirigía á los fenómenos internos la atención que el filósofo inglés limitaba á los fenómenos externos. Tres verdades introdujo Descartes en la filosofía: la evidencia como señal única é infalible de la soberanía de la razón; la distinción clara entre los fenómenos del espíritu y los del cuerpo, y la existencia de otras ideas, además de las que recibimos por medio de los

(1) Ya Gómez Pereira en la *Margarita Antoniana* en 1534 habia sostenido este malhadado teorema, diciendo que no puede deducirse de los actos exteriores de los brutos su sensibilidad, porque en tal caso la lógica nos llevaria á tenerlos por racionales.

sentidos. Era por tanto un dique contra el escepticismo que principiaba á extenderse, pues daba á conocer el pensamiento su propia eficacia, y que contenía en sí mismo la luz que ilumina toda la existencia.

La fórmula de Descartes da á la ciencia humana el conocimiento inmediato del yo como ser inteligente; fórmula verdadera, pero incompleta, y que presentando el pensamiento como único atributo del hombre, y concebido directamente por la conciencia, deja que la filosofía se extravíe en la investigación de las causas, y le conduce á una doctrina mecánica. Aunque parece sencillísimo el principio fundamental de su sistema, sin embargo, reflexionando sobre él se ve que es un silogismo, en que la mayor universal (*lo que piensa, existe*) no está demostrada; de modo que parte de una proposición particular, y supone la existencia, cuya idea hubiera debido explicar: supone el yo sustancial, cuando en el yo pienso solo se encuentra el yo fenoménico; supone también el uso de la memoria, indispensable para formar el silogismo antes de haber demostrado su veracidad. Y cuando alguno le hizo observar que le faltaba demostrar la idea de la existencia, respondió que no habia querido anunciar una cosa hallada por medio del raciocinio, sino una verdad inmediatamente percibida. En fin, no distinguía la percepción sensible del yo de la intelectual; aquella inmediata y simple, y esta otra no; y suponía la idea universal de existencia que era justamente el objeto de la investigación.

Los libres pensadores del siglo XVI, dice Cousin, no eran mas que unos revolucionarios: Descartes fué además un legislador, y no solo nos dió un sistema filosófico, sino un método y una dirección inmortal, que penetrando en los ánimos, los sacó de su abatimiento, reanimó la fe de la razón en sí misma, sin hacerla concebir una presunción peligrosa; y secundada por la misma persecución, produjo la sobria y robusta filosofía del siglo XVII, libre y reservada, fiel á la razón y respetuosa á la fe.

Nosotros no podemos asociarnos á este elogio sino con cierta reserva; pero indudablemente Descartes influyó mas que Bacon en la reforma de la filosofía, y si no proclamó un *novum organum*, dió el ejemplo con establecer una hipótesis, definirla y demostrarla; excluyó la ciencia griega del silogismo, é hizo ver que la mayor parte de las cuestiones consisten solo en las palabras; por lo cual tuvo el mayor cuidado con los equívocos, estudió profundamente las relaciones de las palabras con las operaciones del espíritu, y estableció la gran hipótesis de que el movimiento del universo es producido por fuerzas mecánicas. Á diferencia, pues, del canciller inglés, facilitó las aplicaciones, enseñó á los talentos á confiar en sus propias fuerzas y no en la autoridad, y á pensar por sí mismos; único medio de descubrir cosas nuevas. Muchas de estas inventó, y aun aspirando á la originalidad, multiplicó los descubrimientos,

de que después fué acusado como plagario; aunque bien puede ser que no hiciese mas que hallar de nuevo lo que otros habian ya descubierto.

Su argumento de la existencia de Dios habia sido usado ya por San Anselmo, combatido entonces por Gonilon, y refutado por Santo Tomas. Resucitado por Descartes, fué contestado por Gassendi, Locke y los enciclopedistas, y en nuestros dias por Reid, Jouffroy, Remusat y demas racionalistas, además de Kant, que emplea contra él toda su dialéctica; y por el contrario le sostuvieron Malebranche y Leibnitz, que le consideraron como una base científica. Pero la subjetividad de la sensación habia sido ya proclamada por Galileo (1); la duda por los escolásticos (2); Bruno y Ramus habian ya iniciado la revolución que él llevaba á cabo; y la fisiología animal y vegetal demostró que era imposible reducir á leyes mecánicas la vida orgánica (3).

(1) En el *Ensayador* dice: « No creo que en los cuerpos externos, para excitar en nosotros los sabores, los olores y los sonidos, sea preciso mas que el volumen, la figura y los movimientos tardos ó veloces, y creo que separadas las orejas, la lengua y las narices quedarán las figuras, los números y los movimientos, pero no los olores, los sabores, ni los sonidos, los cuales, fuera del animal vivo, no creo que sean mas que nombres, como no son mas que nombres las cosas y la titulación, cuando se quitan los sobacos y la piel que rodea la nariz. »

(2) « Illi qui volunt inquirere veritatem non considerando prius dubitationem, assimilantur illis qui nesciunt quo vadant. » SANTO TOMAS in *Metaph.* lib. III, c. 5.

(3) Leibnitz recapituló todo lo que Descartes pudo tomar de los filósofos antiguos:

« Sus dogmas metafísicos, como los que se refieren á las ideas que no provienen de los sentidos; la distinción entre el alma y el cuerpo, y la poca fe en las cosas materiales son de los platonios. »

El argumento de la existencia de Dios, porque el ente perfecto incluye necesariamente la existencia, es de San Anselmo, y se encuentra en el libro titulado *Contra insipientem*, y habia sido muy discutido por los escolásticos.

En la doctrina de lo continuo, de lo lleno y del espacio siguió á Aristóteles; y en las cosas morales á los historiadores, así como las abejas que liban lo que hay sobre las flores.

En las explicaciones mecánicas le precedieron Leucippo y Demócrito, que habian enseñado ya la teoría de los torbellinos. Jordano Bruno tuvo también, segun se cree, casi las mismas ideas sobre la extensión del universo; ya que no se diga nada de Gilberto, cuyas consideraciones magnéticas, por sí y aplicadas al sistema del universo, ayudaron tanto á Descartes.

La explicación de la gravedad por medio de la repulsión de la materia mas sólida en la dirección de la tangente, bellísimo teorema de la física cartesiana, está tomada de Kepler, que fué el primero que explicó aquella fuerza, por la semejanza de la atracción hácia el centro que experimentan las pajas puestas en agua agitada circularmente. Los antiguos habian indicado también la acción de la luz sobre los cuerpos distantes, por comparación con la varilla.

Con respecto al arco iris, no recibió poca luz de Antonio de Dominis. Descartes mismo en sus cartas familiares confiesa que habia tenido por maestro á Kepler en la dióptica, el cual precedió en este punto á todos los demas; á pesar de que en sus escritos publicados evita esta confesion y este elogio.

En cuanto á la razón que explica la dirección de las fuerzas compuestas, se halla en Kepler, y Descartes deduce de ella, del mismo modo que este, la igualdad de los ángulos de reflexión y de incidencia. Esto solo mereceria una mención agradecida, porque en este principio se funda casi todo el raciocinio de Descartes.

Isaac Vossio descubrió que el primero que conoció la ley de refracción fué Willebrood Snellio, aunque yo no me atrevo á negar que Descartes la hallase por sí mismo.

En sus cartas niega haber leído á Vieti; pero muchos no dudan que habia visto los libros analíticos de Harriot, publi-

Descartes manifestó una fuerza admirable donde habia que calcular y medir. Su extensa teoría de los torbellinos, aunque aniquilada por Newton, tiene el mérito de haber demostrado que los fenómenos celestes deben explicarse con la aplicación rigurosa de ciertos principios de la mecánica; de modo que si no enunció la verdad, enseñó el método para descubrirla, y así hubo quien lo calificó de *antecámara de la verdad*. Pero fuera de este orden positivo, desgraciadamente no se sujetó á las reglas que proclamaba, y á pesar de ser un geómetra, solo compuso teorías imaginarias; mientras se exploraba la naturaleza, él la quiso adivinar ó fabricar sin materiales, y publicó una mezcla de proposiciones arriesgadas, de consecuencias sin premisas, de vagas suposiciones. Se equivocó al creer necesaria la evidencia para demostrar que Dios existe, y al negarla con respecto al mundo exterior; al confundir la voluntad con la inteligencia, la resolución con el juicio. Su teoría sobre los animales es falsa, lo mismo que el principio de pasividad de las sustancias creadas. Y necesariamente á todo esto debia arrastrarle el desprecio que tenia á la historia, como ciencia en que domina la autoridad, y el principio de obligar á cada hombre á reconstruir el edificio de las ciencias rompiendo la tradición, sin la cual es imposible todo progreso.

Es una gran arrogancia el renegar de la obra de tantos siglos, y pretender crear una filosofía con escasísimas noticias de los predecesores. Despreciando todo lo que no es razón individual, infalibilidad geométrica, concentra la ciencia en el estudio de las facultades intelectuales; se abandona á la preocupacion de que el principio de la ciencia debe ser único, y aunque sea portentoso el que un hombre abrazase tanto, no se libró de errores mas graves sino por haber estudiado á los mismos cuya autoridad negaba (1).

No era posible reirse de un sistema tan atrevido, porque el autor tenia gran fama como hombre de ciencia, y conocia todas las pequeñas condescendencias necesarias para hacerse tolerable; además supo dirigir muy bien su conducta y separar la revolución que iniciaba,

cados por última vez en 1631; hasta tal punto están de acuerdo con el cálculo de la geometría cartesiana. Harriot ya igualó las ecuaciones á cero, deduciendo de aquí que la ecuación proviene de la multiplicación de los factores correspondientes á las raíces: cómo puede variarse la ecuación aumentando, disminuyendo, multiplicando ó dividiendo las raíces, y cómo puede conocerse la naturaleza de las ecuaciones y de las raíces por la forma de los términos. Wallisio refiere que Rømer, que buscaba admirado de dónde habria tomado Descartes el igualar la ecuación á cero, como si fuese una cantidad, al ver un ejemplar del libro de Harriot que le enseñó Cavendish, exclamó: *¿Le ha visto! ¿le ha visto!*

La reducción de la ecuación bicuadrada á cúbica habia sido ya descubierta en el siglo anterior por Luis Ferrari, cuya vida nos dejó su amigo Cardano.

En fin, Descartes fué un excesivo despreciador de los demas, y por sed de fama no se abstuvo de artificios que pueden parecer muy poco generosos. »

(1) Hoy se va volviendo el crédito á Descartes. Véase BORDAS DUMOULIN, *Le Cartésianisme*, premiado por el Instituto en 1843.